

EL CAMPO Y EL ESCRITORIO

Comedia Dramática en un Acto

Original de

EMILIO S. BELAVAL

El abuelo Isidro Bernabé
La hija Mágina
La nieta Monserrate
El nieto Benito
El nieto de crianza Estefanillo
El hermano del abuelo Lorenzo Miguel
La cuñada del abuelo Teresona
El sobrino del abuelo Artemio
La sobrina del abuelo Elisina.

Un solo escenario en el cual están situados dos mundos, dos culturas, dos pasiones. A la derecha del espectador, más allá del batey de una casa campestre, está el campo; a la izquierda, más acá de la arcada humosa de una tienda de ultramarinos, está el escritorio. Nunca debe saberse la hora que es ni el día en que se vive.

Primero el abuelo Isidro Bernabé y su nieto de crianza Estefanillo, en el batey, desde luego.

Estefanillo (doce años sagaces de niño de campo) - ¿Que buscan tus ojos con tanto afán, abuelo Isidro Bernabé?

Isidro (setenta años sarmentosos) Busco una flor que se me ha perdido, Estefanillo.

Estefanillo - ¿Como se llama tu flor, abuelo?

Isidro - (dándose de puñadas en el pecho) La flor de la tormenta.

Estefanillo (alegremente excitado) - ¿Tendremos tormenta?

Isidro - La hemos tenido desde que empezó el año.

Estefanillo - Todavía no han dicho su nombre

Isidro - Se llama Teresona.

Estefanillo - ¿Teresona? Pero esa es mi tía.

Isidro - (suspirando) Tía tuya y tormenta mía.

(Se llega hasta el abuelo, el
nieta Benito)

Benito - Aquí esta la carta, abuelo Isidro Bernabé

Isidro - Léeme tú la parte que me interesa, nieta

Benito. No quiero oír ni el cariño fementido del saludo ni la hipocrecía cuidadosa de la despedida.

Benito - (Leyendo) Queremos que se nos entregue la parte que nos corresponde en la estancia.

Isidro - Puesto ahí, la cosa parece bastante simple. Sólo se necesita coger unas tijeras y cortar la tierra a mitad, buscar un garrafón y echar las aguas que sean tuyas, doblar el camino cual si fuera una alfombra y esperar a que llegue el carretón.

Benito - Por qué no divides de una vez la heredad y que cada cual disponga de su parte.

Isidro - (con melancólica tozudez) ¿Podrías tú separar un hormiguero en dos, zajar un nido de golondrinas por el medio o desmembrar las aguas que corren por el arroyuelo?

Benito - Esa tierra no es toda tuya, abuelo.

Isidro - Mi corazón es todo mío, y sin embargo, tengo que repartirlo con cuantos me rodean.

Estefanillo - ¿A quien le pertenece la tierra, abuelo?

Isidro - Todo cuanto está en el mundo le pertenece a Dios, Estefanillo. Pero eso en la anochecida bajan los arcángeles del cielo a resguardar las semillas, a limpiar las aguas de las hojas que arrastra el viento, a depositar una palabra del señor entre las espigas que han de abrir.

Estefanillo - ¿Has hablado tú con los arcángeles, abuelo Isidro Bernabé?

Isidro - (con pereza de la palabra y ardor en el sentir)
Fueron los arcángeles los que me enseñaron que la tierra pertenecía a Dios y había que mantenerla siempre limpia de pecado.

Estefanillo (de susquin) - La doctrina cristiana dice que Dios le regaló el paraíso terrenal al hombre ...

Benito - (interviniendo, sonreído apesar suyo) Y la Biblia dice que Dios le regaló a cada jefe un valle y a cada pueblo un pedazo del horizonte.

Estefanillo - Entonces, el abuelo es el jefe de esta familia. Le corresponde todo ese valle.

Benito - Siempre cabalgan ustedes dos juntos en el mismo borriquillo cándido y testaduro.

Isidro - La reunión de la inocencia con la sabiduría es lo que hace de un hombre, un abuelo.

(Llegan hasta el abuelo Isidro Bernabé, su hija Mágina, cuarentona de apretados moños colorados a jabón de castilla y su nieta Monserrate, una llama que puede sonreír con el candor del rocío. Agarra al anciano, lo sienta en el banquín renegrido del batey y empieza a juntar los malvaviscos con las verbenas.)

Isidro 0 Tate, Monserrate, que me lastimas.

Monserrate - Estavez te desenriedo las greñas aunque sea con cebo de Juan Caliente.

Isidro - Tan porfiada como tu madre eres, Monserrate. Regaña a tu hija, Mágina. Cree que tengo comején en el cuero cabelludo.

Mágina - Lo que tienes son pesares sufriendo por tus arrugas, padre Isidro Bernabé.

Benito - Pregunta si alguno de esos pesares se llama Teresona.

Monserrate - Este pelo gordo con tres sortijas de brea bien puede llamarse Teresa.

Isidro - Condenada mujer.

Estefanillo - ¿Por qué no le mandamos unas cestas de frebas? Así verá que todavía podríamos quererla.

Isidro - Un panal de avispas si le enviaría.

Márgara - Vaya inquina. Teresona prefiere que sus hijos se queden en la ciudad y el tijeretazo viene porque si se corta el cordoncito que los une al campo, se quedan a medio hacer las ganas.

Monserate - (haciéndose la boba, bobita) ¿Crees tú que al primo Artemio le gusta el campo?

Márgara - Con el alma levada por un basilisco salió de este campo. Le gusta el campo; no sé si fueron las abras o las sayas, pero le gusta el campo.

Monserate - (sonrojadilla, pero poco) ¿Sabéis el nombre de alguna que las lleve más cortas que yo?

Isidro - Esa no es plástica para mujeres honestas.

Monserate - Perdona, abuelo; se me soltó la lengua.

Isidro - Con la lengua suelta anda siempre la serpiente.

Monserate - Es que el primo Artemio tiene un bigote que sabe versar por lo divino y siempre se le recuerda con cariño.

Isidro - Deja quieta tu buenaventura, niña Monserate.

Márgara - Habrá que dejar la casa, me imagino.

Isidro - Dejarla, no; cargarla en el hombro hasta ponerla en otro sitio, sí, Márgara.

Márgara - Nosotros no venderemos, ¿verdad?

Isidro - No venderemos.

Monserate - Benito dice que debe entregarse la parte de ellos.

Benito - No lo digo yo: lo dice la Ley.

Isidro (A Monserate) ¿La entregarías tú a gusto?

Monserate (con nobleza) No, abuelo; no me gustaría desenterrar los gatitos que murieron al nacer, ni las muñecas de yesca desterradas por mis despechos. Además no sabía como recoger las miradas escondidas en las aguas, los ecos ...

Isidro - Hoy los bueyes se han pasado todo el día res-
tregando sus babas largas en mis botas, como si quisieran demostrarme su tristeza.

Benito - Todavía no sabemos que parte nos tocará entregar.

Isidro - Será lo mejor; en eso terminan todos los pleitos.

Márgara - Si tengo que hacerlo, la entregaré; más llorando mansamente como se va una despidiendo de la casa de sus padres el día que se desposa.

Monserate - No te apures, madre, trasplantaremos todos tus rosales.

Estefanillo - Yo pienso recogerlo todo, los sapos de la quebrada, los grillos de los canales, hasta las ranitas del pozo.

Isidro - Algunos árboles querrían marchar con nosotros.

Montserrat - Lo más difícil de recoger son los recuerdos.

Márgara - Los recuerdos no caminan en banasta, Monserrate.

Monserrate - Ni las nubes les sirvan de lavanderas.

Benito - Alguna vez tenía que romperse la fuente.

Márgara - La vida es así: un sueño metido en una alforja rota.

Benito - Una cara que no recuerda a la otra.

Márgara (con dulzura) - Estás pensando en Carmela ...

Benito (Con dureza de hombre) - No, madre Márgara.

Nunca pienso en la mujer que ya ha sido de otro.

Isidro - Habrá que sembrarlo todo de nuevo.

Estefanillo - Mañana entro yo en trato con la reina de las abejas.

Isidro - Yo le pediré a los arcángeles que nos auxilién otra vez, ¡desde arriba!, que la lluvia llegue más fina, las semillas a medio abrir, el viento metido en flautas de lechoza.

(Se traslada la acción al área ocupada por el escritorio. Están en escena Lorenzo Rafael, Terecna, Elisina, pequeño conclave de ardides y trapisonderías. Llega más tarde Artemio)

Elisina - ¿Cuanto valdrá nuestra mitad, padre Lorenzo Rafael?

Lorenzo - Poca cosa, Elisina, alrededor de tres mil pesos.

Elisina - Casi no vale trastornarse la paz por una cosa así.

Teresona - (seca, como de costumbre) Pues habrá que trastornarse la paz. El almacén de tu padre tiene que salir de esta cueva y nuestra casa necesita dos nuevas habitaciones. Necesitamos dos habitaciones más si queremos subir en la estimación de esta sociedad.

Elisina - El hombre más rico del pueblo vive en un tugurio, madre Teresona.

Teresona - Cuando se tiene mucho dinero, la usura llega a parecer cosa de genialidad.

Elisina - ¿No le debe nada el tío Isidro Bernabé a tu negocio, padre Lorenzo Rafael?

Lorenzo - Nada; unas azadas, algún alambre.

Elisina - El alambre tendido parece más largo, ¿verdad?

Lorenzo - ¿En qué piedra de afilar cantó tu malicia, niña?

Elisina - Estoy pensando como sacar un pequeño automóvil para mí de todo este embrollo.

Teresona - Algo habrá aumentado el precio de esa finca.

Lorenzo - No lo sé. Es un pequeño fundo, baldío en parte.

Teresona - Pues que nos entreguen la granja y cojan el resto ellos.

Lorenzo - Estás soñando, Teresona. Tú no conoces a mi hermano Isidro Bernabé. Para salvar una granja como esta y que la casa campestre siga doblando las aguas, tendrían que entregarnos además las manos infatigables de aquella familia, sus limpios pensamientos, su amor a la tierra.

Elisina - Nada de eso se necesita.

Lorenzo - (con cierta insospechada melancolía) - La tierra es como la mujer amorosa. Sólo entiende de su amor.

Teresona - Habrá que buscar un tasador que cuente hasta los ombligos del higuillar.

Elisina - Y se le deje saber que cuanto más leña cuente en el bosque mas hongos tendrá su sopera.

Lorenzo - (con disgusto) Ahora que recuerdo ... somos nosotros los que le adeudamos una partida a Isidro Bernabé.

Teresona - Esto nada más nos faltaba.

Lorenzo - El paño de lágrimas de los inversionistas son los agricultores de la familia.

Elisina - ¿Hay algun papel firmado, padre Lorenzo Rafael?

Lorenzo - (con alguna severidad) La firma no se estila entre hermanos.

Teresona - ¿Es nueva la deuda?

Lorenzo - La deuda tiene bastante tiempo. Casi se me había olvidado.

Teresona - La memoria es tan frágil ... Quizás puedas olvidarte de ella por completo.

Lorenzo - (un poco asustado) ;Teresona!

Teresona - Tú nunca has sido un verdadero negociante.

Artemio (entrando) ¿A que viene el rezongo, madre?

Teresona - (llorando, pero sin que se le entripen la nariz) Trata de convencerlo tú, Artemio.

Artemio - ¿Convencerlo de que, madre?

Teresona - Yo necesito dos habitaciones mas en la casa.

Elisina - Yo quiero un automóvil pequeño.

Teresona - Lo único que tendría que hacer es olvidarse de una deuda que contrajo con Isidro Bernabé.

Elisina - Y buscarnos un tasador que tenga un ojo bizzo.

Lorenzo - A callar.

Artemio - ;Otra vez la granja, la casa campestre, el último refugio que nos queda!

Teresona - Hay que vender nuestra parte de cualquier manera.

Artemio - ¿Se han quejado las ollas de los escaso que

está el potaje?

Teresona - No es eso, hijo Artemio.

Artemio - Si es cuestión de unos pesos, yo puedo pagar la cuenta del zapatero.

Lorenzo - Nuestras cuentas estan pagadas, pero necesitamos dinero. Hay que convencer a Isidro Bernabé para que nos entregue nuestra parte.

Elisina - Si esta vez no se aviene, tendremos que obligarlo. No se te ocurre algo que pueda ayudarnos?

Artemio - De momento lo único que se me ocurre es comprar media docena de machetes para cuando bajen nuestros familiares del campo a talarnos la cabeza.

Elisina - Bah, no se atreverían ...

Artemio - Yo he visto a tu prima Mária agarrar un peón por la cintura y sembrarle la cabeza en un tintillo.

Teresona - (con fatuidad de rabadana) - Algun respeto le deben a nuestra posición.

Artemio - ¿Respeto a un escritorio repleto de usuras y malas mafias?

Lorenzo - (Agarrándose asustado al escritorio como a una tabla de salvación) ¡Te prohibo que hables mal de mi escritorio. El nos ha salvado a todos. (Se sienta frente a él un poco abrumado)

Artemio - Ten cuidado, padre. El arca de Noé no se hundió porque sólo conducía hombres inocentes y animales seráficos.

Lorenzo - Te ordeno callar.

Artemio - Que respeto merece el egoísmo, la envidia, la cabeza a pájaros y una cintura de avispa.

Teresona (casi al borde de la agresión) - Artemio, recuerda que está hablando con tus padres; hablando de tu hermana.

Artemio - En este momento, podría hablar mal hasta de mi mismo. Madre quiere dos habitaciones, Elisina un automóvil y yo todavía ni siquiera sé lo que quiero.

Teresona - Es natural que te sientas vacío. Nada trajiste del campo de Isidro Bernabé.

Artemio - Lo único que traje conmigo fue una copla.
(La declama con una recóndita tersura)

Cuando me voy, no me voy;
Cuando me voy, no me ausento;
Cuando me voy de palabra
No me voy de pensamiento.

Elisina - Artemio, ¡hermanito querido!, ¡como se reirían mis amigas del club de la Tijera si escucharan esa cursilería!

Teresona - (Interrumpiendo bruscamente) Aquí nadie ha de reír porque nada se dirá de este asunto. Nuestra respetabilidad no lo permite.

Artemio - Pues sigamos con la cábala de nuestra usura.

Lorenzo - Por última vez, Artemio. (Se levanta del escritorio)

Artemio - (autoritario) - ¿Cuanto pides por tu parte, padre?

Lorenzo (un tanto desarmado) No sé, francamente; de momento no podría. Esto tiene que sentarse uno en el escritorio, a cavilar un poco.

Artemio (con un tanto de cariño y otro de conmiseración) Siéntate otra vez, padre: pídele inspiración a tu escritorio, a ese pequeño mundo tuyo en el cual la ganancia para que bien se vea debe sonar en la palma de la mano aunque mal se gane. (Lo sienta otra vez en el escritorio. Lorenzo Rafael empieza a acariciar el escritorio como si se tratara de un talismán)

Teresona - (un poco trémula sin saber por qué) Bien podría pedirse por la parte de Lorenzo Rafael cuatro mil duros, supongo yo.

Elisina - Cuatro mil pesos, sí; dos mil para las habitaciones, mil para mi y el último millar para el escritorio.

Lorenzo (otra vez fuerte) - La ganancia para el escritori

sería ridícula.

Artemio - ¿Que vale más, don Lorenzo Rafael, padre mío, la vanidad de la señora, el capricho de la niña o la piel de oveja del cuadernillo de los ahorros?

Lorenzo - (duro como el granito) El escritorio no podría vender por menos de cinco mil pesos.

Artemio - (mirándolo fijamente, lastimado por la luz sombría que de pronto cuadra dentro de la ánima rapiñosa del usurero) -Está bien; comprendo.

Lorenzo - ¿Quién es tu comprador?

Artemio - El comprador soy yo, padre.

Lorenzo - Si es para tí, quizás podrá rebajarse un poco el precio. Después de todo la finca continuaría perteneciendo a la familia.

Elisina - Yo propongo que se le rebaje quinientos pesos tomándolos de las habitaciones del balcón de mamá.

Teresona - No tanto, nada de locuras. De todos nosotros, Artemio es el único que sabe lo que puede pagarse por un campo así. Si él está conforme en comprar por ese precio, algo más debe valer. Doscientos duros de rebaja me parece bien.

Lorenzo - No tanto, nada de desatinos. El escritorio y yo estaríamos dispuestos a rebajar cien duros del precio de compra.

Artemio (con una al parecer alocada ironía) † Se me ocurre una solución que podría dejarnos a todos contentos: añadirle cien duros a los cinco mil del precio; así se podría rebajar esos cien duros que interesa mi padre des-, contar del precio, sin que nadie salga perdiendo. (Artemio empieza a extender un cheque)

Elisina - El arreglo es magnífico, ¿no crees, madre?

Teresona - No se puede negar que Artemio tiene genio para los negocios.

Lorenzo - Encuentro que hay algo mal en algún sitio pero de momento no lo puedo encontrar. Mañana se lo preguntaré al escritorio.

Artemio - Firme usted, padre.

Lorenzo - (receloso) ¿Has estado haciendo negocios a espaldas de tu padre?

Artemio - (con cierto acento imperioso) Firma padre.

Lorenzo - Está bien, hijo (Lo hace malhumorado) Aquí lo tienes. Todavía no he dicho de donde sacaste el dinero para esa compra.

Artemio - De tu escritorio, Lorenzo Rafael padre.

Lorenzo - ¿Como?

Artemio - De donde se saca el dinero cuando no suda la frente y las manos no tienen callos. De las malas artes de la usura; del sufrimiento de los hombres que caen derrengados

bajo el peso de una cruz. Del escritorio, padre; del escritorio.

Lorenzo - (Con ira remansada) Nunca pretendí violentar tus vocaciones de santo, hijo.

Artemio - Gracias a esa violencia, hoy he podido salvar la tierra de la mujer que amo.

Teresona - No se lo que te propones pero no me gusta.

Artemio - Dice el abuelo Isidro Bernabé que la tierra hay que mantenerla siempre libre de pecado.

Elisina - ¿No es el amor un pecado?

Artemio - (con una bien hombreada dulzura) El amor nunca ha sido pecado, hermana. El pecado que aflige a la tierra es la usura.

Teresona - Siempre me pareció mi cuñado Isidro Bernabé un chiflado.

Artemio - Hoy la tierra de Isidro Bernabé queda libre de todo pecado de usura. Allí me espera la mujer que amo.

Lorenzo - No permitifé que cases con tu prima Monserrate.

Artemio - (mirándolo con una tristeza serena) No creo que desde ahora en adelante, necesite de tu permiso para nada. Acabo de comprarlo hace un momento por cien pesos.

(Se traslada la acción al área ocupada por el batey. Noche. Pasea sumergida en una plácida languidez la hermosa figura de Monserrate, acompañada por el paso burlón de Estefanillo. Se oye la voz de Artemio:

Voz de Artemio - (declamando)

Cuando me voy, no me voy,
Cuando me voy, no me ausento,
Cuando me voy de palabra
No me voy de pensamiento.

Monserrate - (frenética por el goce) Artemio . (Sale corriendo)

Artemio (Lejos, aún) - Prima Monserrate, aquí estoy.

Estefanillo - Señora reina de las abejas, cierre usted las mil ventanas de su castillo de mieles, que ya no nos mudamos.

Telón

Emilio S. Belaval

Puerto Rico 1965.